



RV PARÍS 2024

Adolescentes y angustia: del actuar al decir

Annalisa Bucciol, Italia (Foro FLA)

Desde hace algún tiempo, tanto en el servicio público como en el privado, los adolescentes acuden a consulta por la aparición de conductas: ausencias escolares, anorexia y bulimia, cortes en diversas partes del cuerpo, consumo de sustancias o alcohol, anuncios de suicidio, etc. Mi consulta no es una excepción: me encuentro con varios adolescentes y casi siempre es porque manifiestan una (o varias) de estas conductas.

El título de esta RV “*Angustia, ¿cómo hacerla hablar?*” me evocó inmediatamente el trabajo con estos jóvenes y un caso en particular, Paolo. Llega a los 14 años, con cortes en los brazos y el rostro sombrío, Paolo empezaba cada sesión con un «*Todo va bien*». No podía decir nada sobre los cortes, hablaba, pero sólo a través de mis preguntas, y mientras hablaba, a veces notaba que sus ojos se ponían vidriosos, como si estuviera a punto de romper a llorar lo que no pasaba. Algo allí no hablaba y era algo que parecía del orden de la angustia.

Esta Cita me pareció, pues, una oportunidad para reflexionar sobre mi práctica en relación con esta clínica juvenil: ¿qué tienen estas conductas? ¿Cuál es la relación con la angustia? ¿Y qué puede ofrecer el psicoanálisis a estos sujetos?

En Sem. X Lacan da algunas fórmulas de *acting out*, que me parece que dicen bien de qué se trata con estos jóvenes, o al menos para algunos: «*El acting out es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra. El acento demostrativo de todo acting out, su orientación hacia el Otro, debe ser destacado*¹». Muchos de estos jóvenes, al cabo de cierto tiempo, vienen a decir precisamente eso: su conducta había sido algo que tenía que ver con hacerse visible, «evidente», que venía en lugar de hablar.

Para Lacan, el *acting out* es «*un esbozo de transferencia, es la transferencia salvaje*», es decir, algo que requiere interpretación, a diferencia del síntoma, que no es un llamado al Otro, el síntoma es «*goce [...] El síntoma no los necesita a ustedes como el acting out, se basta a sí mismo*»². El cortejo de la joven homosexual a la Señora, señala Lacan, al igual que el «*comportamiento paradójico*» de Dora hacia el Sr. y la Sra. K.³, era un *acting out*. El *acting out*, entonces, no es un paso al acto, pero tampoco un síntoma: es un actuar que por su estructura llama al Otro y a su interpretación, pero sin análisis. Lacan concluye que la cuestión es entonces cómo «*se puede domesticar, cómo se hace entrar el elefante salvaje en el cercado, cómo poner el caballo a dar vueltas en el picadero*»⁴.

¹ Lacan J. “El Seminario. Libro 10. La Angustia”, sesión del 23 de enero de 1963, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007, pag. 136

² *ibidem*, pag. 139

³ *ibidem*, pag. 139

⁴ *ibidem*, pag. 139



Es decir, se trata de pasar del sujeto «*Otrificado*»⁵ -como lo define Lacan- mostrando su causa subjetiva, el objeto *a* como libra de carne, al sujeto dividido que puede hacer la hipótesis del inconsciente, es decir, entrar en una transferencia no salvaje.

Lo que puedo decir es que, en mi práctica, cuando se produjo, no fue directamente a partir del *acting out* que el caballo empezó a girar en el picadero, sino a través de una paciente doma, de una re-entrada en el giro del discurso. Estos jóvenes llegan casi mudos, mientras que eso habla en su conducta: fue necesario un tiempo de trabajo al lado para que esta llamada muda, pero visible se transformara en un decir.

Con Paolo fue casi un año de sesiones en las que empezábamos con un sombrío «*Todo va bien*», y luego silencio. Seguía mi intervención (preguntaba algo sobre la escuela, los amigos, la novia, etc.), a la que Paolo se enganchaba, empezando a hablar. Si el tema se agotaba, era necesario una segunda intervención, y así sucesivamente. Con el tiempo, los dichos empiezan a acumularse: «*Cuando María me dejó, me sentí inadecuado, desde niño me he sentido inadecuado*»; «*Me gustaría trabajar en la música, pero a mi madre no le gustaría, ni a mi abuelo tampoco*»; «*Mis padres no se enfadan si no lo consigo, pero creo que en realidad piensan que no puedo ser bueno en nada*»; «*Me adecué a lo que creía que querían los demás*». ¿De hecho, Paolo es un «in-adecuado»?

Poco a poco, los cortes -que casi nunca se mencionan- están menos presentes, Paolo es menos sombrío, pero las lágrimas inmóviles y silenciosas de sus ojos siguen estando ahí. En cierto momento del trabajo, aparece una pesadilla, el primer sueño que trae.

Estoy en un bosque con unos amigos, estamos en la montaña. Llegamos a un lugar donde hay una casa con un prado verde y mucha gente. Algo pasa con la gente de allí, son grises, yo y mis amigos también somos grises. Decidimos entrar en la casa, bajamos las escaleras, como si fuera una bodega o una taberna. Allí abajo encontramos a una niña pequeña, es la única de color. Me encuentro asfixiándola [italiano: “soffocandola”].

Asociando en relación a la niña, Paolo comete un lapsus: «*como si yo fuera* [en italiano: “*come se foss-i*”]» en lugar de «*como si yo fuera* [en italiano: “*come se foss-e*”]». Señalo esto y Paolo responde rápidamente: «*Así que soy yo, pero ¿por qué me asfixio?* [italiano: “*mi soffoco*”]». Entonces él dice: «*A lo mejor son grises, todos iguales, incluido yo, por aquello de adecuarme a lo que los demás querían de mí*». Y concluye: «*La niña es de color, porque es diferente, porque yo soy diferente. Soy yo quien sofoca lo que siento, lo que pienso, los cortes eran eso: una forma de sofocar lo que sentía*».

A partir de este momento, el trabajo de Paolo cambia: cada sesión parte de una pregunta o de un sueño traído por él, retomando la sesión anterior. Pasó de actuar a decir, de una transferencia salvaje a otro tipo de transferencia, o por lo menos eso me parece a mí.

¿Y la angustia?

Con el tiempo y tras la identificación de Paul de algo de su neurosis infantil, aparece un sueño de ruptura:

⁵ *ibidem*, pag. 138



Estoy en el bosque, hay una casa y mucha gente dentro, amigos, mi madre, mi padre, puede que incluso mi hermana. Estamos obligados a quedarnos allí, por una mujer que es la jefa y que nos impide salir. Creo que es peligroso, que tenemos que escapar, pero nadie parece darse cuenta. Se lo digo a mi madre, pero ella no responde y me da la espalda, quiere quedarse. Decido irme y de alguna manera, no sé cómo, me voy.

«Estamos de vuelta en la casa del bosque», dice Paolo inmediatamente. Haciendo asociaciones sobre su madre y la separación de sus padres que se produjo sin aspavientos, pero también sin explicaciones, sin palabras, Paolo concluye «*Debí pensar que no se sabe por qué se pierde el afecto, puede ocurrir de un momento a otro, tan de repente, y así me adecué.*».

El pequeño Paolo, pues, tal vez se adecuó hasta que la adolescencia llamó a la puerta, con su carga de angustia: «*ya no basta con seguir lo que quieren los demás*», dice él. Luego vienen los cortes, como *acting out*, que -dice Lacan- se hacen precisamente para evitar la angustia ⁶.

La angustia, entonces, ¿cómo hacerla hablar? Sigue siendo una pregunta abierta para mí, pero me parece que estos jóvenes me están enseñando que, por pasar del actuar al decir, de la transferencia salvaje al trabajo bajo transferencia, es necesario como trabajo preliminar, dejar que el elefante vuelva al recinto, iniciar un metabolismo -diría yo- de la angustia, índice del objeto *a*, por medio de la palabra.

⁶ *ibidem*, pag. 129